

PSICOANÁLISIS EN CUERNAVACA.

En la última sesión del Concilio se oyó una voz que clamaba por la rehabilitación de Freud y el Psicoanálisis. Al mismo tiempo se repartía en Roma a los Padres Conciliares, una memoria del R. P. Gregorio Lemerrier, Prior del Convento de los Benedictinos de Santa María de la Resurrección de Cuernavaca, México, en la que se exponían los resultados de una experiencia psicoanalítica en el convento mencionado.

El Doctor Marcel Eck, del Hospital de París, psicoanalista de nota, escribe en "La France Catholique" un artículo analizando la memoria antes citada, cuyos puntos de vista resumimos a continuación.¹ El autor se cree autorizado a ello por su extensísima experiencia de más de 950 casos de sacerdotes, religiosos, novicios y candidatos al sacerdocio, que han pasado por sus manos por razones de problemas psicológicos y aun tratamiento psicoterápico.

El Dr. Eck llama la atención sobre un silencio inexplicable: es el punto de la autorización eclesiástica exigida por el Santo Oficio (Julio de 1961), que la supone en el citado Prior, pero de la cual no se contiene constancia alguna en la memoria. También le extraña al Dr. que falte el requisito ordinario de un dictamen médico que señale la necesidad de un tratamiento psiquiátrico.

El hecho narrado en la memoria de que el Prior Lemerrier lleve cinco años de tratamiento psicoanalítico al ritmo de cuatro sesiones semanales, con un total de 800 a 1000 sesiones, es algo que no puede menos de causar asombro en el psicoanalista Eck, así como el que seducido por un tratamiento todavía en él inconcluso se lance a la aventura de meter a todo el convento en el tratamiento psicoanalítico.

En segundo lugar señala otro punto extraño de la memoria: el Prior no examina previamente las exigencias de equilibrio mental en la admisión de los candidatos. Con imperturbable optimismo afirma "las posibilidades insospechadas de la terapia, aún en los casos de psicosis". Así se comprende fácilmente que las defecciones hayan sido numerosas hasta llegar a las dos terceras partes de los monjes, y más bien se extrañaría uno de que no fuesen mucho menos los aptos.

Después de hacer una observación de tipo técnico a lo afirmado por el Prior respecto al "psicoanálisis de grupo", distinto de la terapia de grupo, ya que el psicoanálisis es individual,

hace el Dr. Eck otra grave observación a otro punto de la memoria. Es natural que los jóvenes aspirantes tengan problemas respecto al misterio femenino. Esos problemas los resuelve o ha pensado resolverlos, introduciendo una mujer psicoanalista en el convento, "a fin de afrontar a los jóvenes con su desconocido". El doctor, sin querer pronunciarse sobre el carácter canónico o no de esta medida, preferiría personalmente en caso de inmadurez que se les dedicase un par de años a estudios universitarios o de trabajo asalariado que les hiciese posible poner la relación con la mujer en un contexto de verdad y no en una relación siempre artificial del psicoanálisis.

El Doctor, a pesar de ser él mismo psicoanalista, no osa seguir al Prior en sus afirmaciones de que el psicoanálisis es una ascesis comparable a las de los "Padres del desierto" (sic.), y que es la única técnica occidental, que al lado de los empirismos pueda formar parte una vida mística...

Como toda empresa aun espiritual, ésta no puede librarse de los problemas económicos, y así las técnicas freudianas absorben más de la mitad del presupuesto ordinario del monasterio.

No podemos dudar de que el Prior tenga buenas intenciones, afirma el Dr. Eck; ni de que haya podido ayudar a integrarse a algunos mediante el tratamiento. Pero ¿no se da en el Prior un optimismo psicoanalítico un poco utópico? Al final de la memoria sueña el Prior con un Concilio Ecuménico formado por "un pequeño rabino, un gran mufti, un patriarca oriental, un comisario comunista, un cardenal romano, una diáconisa luterana, un bonzo budista y apóstoles mormones". Estos hombres se reunirían bajo la dirección de un psicoanalista que no perteneciese a ninguna religión, y así se arreglaría todo. A lo cual añade el Doctor: con todo y ser psicoanalista yo mismo, no denigraría su papel, pero en la ocurrencia, preferiría el Espíritu Santo al psicoanálisis.

Para terminar, el Doctor Eck fija su posición en estos términos sensatos y sabios: "Si uno de mis hijos pretendiese entrar en religión, yo le enviaría a un hombre de Dios; si éste era de opinión que lo viese y examinase un psiquiatra, aceptaría con gusto e incluso una cura psicoanalista propuesta por el psiquiatra. Pero si el Superior del convento en cuestión exigiese un psicoanálisis, sobre todo colectivo, sistemático, durante el noviciado, y por otra parte llego a saber que ese convento admite sin control, a título de ensayo, neuróticos y psicóticos, yo me opondría a ello con todas mis fuerzas".

1. "Los mosqueteros de Freud en el convento".